

Jorge de Pisidia, *Panegíricos*. Estudio preliminar, traducción, notas y comentarios de Gonzalo Espejo Jáimez. Col. «Biblioteca de Textos Bizantinos» 12 (Granada: Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas, 2021). 593 pp. ISBN: 978-84121502-2-3.

La mayoría de editoriales que tienen en su catálogo de fondo títulos clásicos ofrece a los lectores una edición de los poemas homéricos, *Iliada* y *Odisea* o de la *Eneida* de Virgilio. Actualmente, están vivas varias traducciones de estas obras tanto en verso como en prosa. Y parecería que la épica se agota en estos títulos seminales para eso que consideramos la «cultura occidental». Sin embargo, habría vida más allá de los «clásicos» clásicos y conviene dar a conocer que antes del nacimiento de los héroes medievales occidentales —generalmente a partir de los siglos VIII-X, con el poema anglosajón *Beowulf*— la épica pervivió en el Imperio romano de Oriente, en la Romania, donde se entremezcló el arquetipo del héroe pagano con los valores morales del cristianismo.

Jorge de Pisidia es, por derecho propio, uno de los máximos exponentes de este tipo poético. Y si Homero tuvo en Aquiles, Héctor y Odiseo a los protagonistas de sus epopeyas, él lo tuvo en el emperador Heraclio (610-641). Si el primero encontró en la guerra de Troya el material para sus composiciones, Jorge de Pisidia lo hallaría en la última guerra romano-persa (602-628). Pero con una diferencia: mientras que Homero no fue testigo directo de los hechos que canta, basándose en la tradición oral, el poeta romano oriental habría estado al lado de su emperador. Ese carácter de testigo y su proximidad al poder lo asimilan a los intelectuales áulicos que viajaban con Alejandro Magno durante sus campañas. Jorge de Pisidia fue uno de los pilares sobre los que se sustentó la propaganda heracliana, ayudando a la creación de un nuevo mito cuyo recorrido va más allá de las fronteras del Imperio de Oriente —baste con recordar los frescos de Piero della Francesca en la basílica de San Francisco de Arezzo—.

Sin embargo, pese a la importancia de este autor y de la implantación de los estudios bizantinos en España, no se contaba con una traducción al castellano de ninguno de los poemas de Jorge de Pisidia. Una laguna que, gracias a la labor y dedicación de Gonzalo Espejo Jáimez, por un lado, y al empeño del Dr. Moschos Morfakidis y la Dra. Encarnación Motos Guirao, al frente de la Editorial del Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas, por otro, se ha llenado.

La presente edición bilingüe es la culminación de un largo proceso de investigación por parte de su autor, que se inició con el Diploma de Estudios Avanzados en 2005 en el que ofrecía una edición y traducción de los panegíricos épicos de Jorge de Pisidia y que continuó en una tesis dirigida por el ya mencionado profesor Morfakidis, titulada *Significación literaria e ideológica en la tradición bizantina de los Panegíricos Épicos de Jorge de Pisidia* defendida en la Universidad de Granada en octubre de 2015. El volumen objeto de esta reseña es el feliz fruto de la reelaboración de ambos trabajos de investigación, con una puesta al día del aparato crítico que acompaña tanto a la edición del texto como a su traducción y los comentarios.

A pesar de que se presente en un único volumen, bien podrían ser dos libros puesto que el «Estudio preliminar» (pp. 19-135) funciona como una obra independiente. La razón de esto no es que su contenido esté desconectado del resto del libro, sino que la profundidad y minuciosidad con la que G. Espejo analiza el contexto político (pp. 31-53), el corpus pisidiano (pp. 55-77) y los panegíricos propiamente dichos (pp. 79-135) es tal que perfectamente podrían constituir una monografía sin necesidad de acompañar la edición y traducción de los poemas. Demuestra en estas páginas introductorias una comprensión total no sólo del siglo VII romano oriental sino de la lengua griega que se hablaba/escribía en los medios cultos. Las páginas dedicadas a Jorge de Pisidia son un acercamiento casi íntimo a las motivaciones personales del poeta, al que el lector acaba conociendo de primera mano. La bibliografía combina los estudios clásicos con aquellos aparecidos en los últimos años que han renovado la visión que se tenía del período y del personaje principal, el emperador-héroe Heraclio.

El centro de la obra es la edición y traducción de los siete panegíricos épicos escritos por Jorge de Pisidia. Cada uno de ellos viene precedido por un breve estudio introductorio —otra razón para defender la publicación independiente del «Estudio preliminar»— y un aparato crítico en el que G. Espejo comenta pasajes que quedan poco claros y que por tanto han sido objeto de debate entre los bizantinistas que se han acercado al corpus pisidiano. Estos comentarios tienen la misma virtud que ya he señalado previamente, la precisión del autor que no deja ningún resquicio, con el objetivo de ofrecer al público castellano-parlante una traducción útil y definitiva. No se trata únicamente del dominio de la tradición griega medieval, sino también la griega clásica y la bíblica, lo que obliga a combinar relatos de muy diversa procedencia para explicar los versos de Jorge de Pisidia. Sin embargo, esa minuciosidad del editor y traductor a veces da lugar a notas excesivamente largas, que hacen complicado un acercamiento por parte de un lector no especializado, aunque todo lo malo que se pueda escribir sobre esta obra sean cosas de este tipo.

El orden seguido en la presentación de los siete poemas que componen el libro es cronológico, ofreciendo una panorámica de la primera década del reinado de Heraclio, desde su salida de África para conquistar el poder en 610 hasta la devolución el 31 de marzo de 630 de las reliquias robadas por los persas tras el asalto a Jerusalén en mayo de 614, especialmente la Vera Cruz. G. Espejo opta por mantener los títulos en latín de los poemas, tal y como habían hecho antes eruditos de la talla de Pertusi o Baumgartner, por citar sólo a algunos, observando así la convención. Eso sí, el título en griego de los poemas puede leerse en cada una de las ediciones y traducciones. En lo referente a éstas últimas, lo más destacable es la elección por parte de Espejo de la prosa en lugar del verso, lo cual es justificable por la difícil adecuación del metro y rima del hexámetro al castellano. La opción adoptada juega a favor de una mejor lectura de los panegíricos, ya que, aunque en prosa, los textos no pierden el tono épico que les diera su autor, lo cual es uno (otro) de los grandes aciertos del traductor.

Así pues, el primer panegírico es el que lleva por título «*In Heraclium ex Africa Redeuntem*. A Heraclio en su venida de África» (pp. 139-157) que funciona como una suerte de presentación del héroe. El Heraclio que abandona Cartago es un

hombre providencial al que Dios envía para librar a su pueblo del malvado Focas, que ha sumido al Imperio en el caos y la impiedad. Lo que hace Jorge de Pisidia es perfilar los rasgos que definen al personaje y, como hace notar en el estudio introductorio, más que un panegírico imperial, se trata de una composición de bienvenida al nuevo emperador (p. 145). En esta composición, todo está encaminado a presentar un golpe de Estado aristocrático como una acción necesaria por el bien del Imperio, insistiendo en que no se estaba violando el tabú del cuestionamiento del poder ungido por Dios.

Con el siguiente poema, se da un salto de doce años. La «*Expeditio Persica*. La expedición persa» (pp. 159-259) cubre los acontecimientos que tuvieron lugar entre el 5 de abril de 622 y febrero de 623. La importancia de lo sucedido en ese año tuvo un valor simbólico además de estratégico, ya que supuso el inicio de la contraofensiva romana tras veinte años acumulando derrotas y pérdidas territoriales —para ese momento, Persia había conquistado todo Oriente Próximo y Egipto—. Abril de 622 es la fecha en la que el emperador se puso personalmente al frente de sus ejércitos, algo que no sucedía desde hacía mucho tiempo. Y en ese despertar, Heraclio aparece como un personaje mucho más complejo que los héroes de los poemas homéricos, ya que aún en su persona el valor militar con la sabiduría. Pero Jorge de Pisidia necesita llevarlo al terreno de la Historia Sagrada, y lo convierte en una suerte de ‘nuevo Moisés’, por cuanto se pone al frente del pueblo elegido en una nueva travesía por el desierto que debe llevarlo a la Tierra Prometida. Al mismo tiempo es un ‘nuevo David’, creador de un nuevo reino de Israel. Llamativa es también la comparación que el poeta áulico hace de Heraclio con un médico sabio ocupado en restaurar la salud de la Romania, en una visión organicista de los Estados.

En «*In Bonum patricium*. Al patricio Bono» (pp. 261-282) parecería que el centro de atención se desviaría hacia el *magister militum praesentalis* encargado del gobierno de Constantinopla en ausencia del emperador, pero no es más que la excusa para ensalzar la enormidad de la empresa que está llevando a cabo. La función de Bono es la de ejercer de comparsa de Heraclio, en una asociación que Jorge de Pisidia asemeja a la de Hércules y Euristeo, con la salvedad de que lo que está sucediendo en esos momentos tiene una dimensión universal, mientras que lo que cuenta el mito antiguo sólo afectó a esos personajes. El contexto en el que se desarrolla el «falso» encomio a Bono son las vísperas del asedio ávaro de la primavera de 626, cuando la población de la Capital reclamaba la vuelta del emperador para ponerse al frente de su defensa.

El anterior panegírico puede leerse como una introducción al «*Bellum avaricum*. Guerra ávara» (pp. 281-383) en el que se cuenta el asedio a Constantinopla por parte de ávaros y eslavos —con los persas al acecho al otro lado del Bósforo— entre los meses de junio y julio de 626. Es la composición en la que se presta una mayor atención a los hechos históricos, quizás por la trascendencia que tuvo. A no pocos les recordaría el fatídico verano de Adrianópolis en 378, en el que, por vez primera, un emperador murió en el campo de batalla. Recorre toda la composición el miedo a que la capital de la Romania sucumbiera ante los bárbaros. Los versos de Jorge de Pisidia logran transmitir el terror y desconcierto que se apoderó de los habitantes de la Ciudad, sin importar la clase social

a la que pertenecieran. Pero es ante todo un retrato sobre la guerra en el mar; gracias a los versos de la Guerra ávara conocemos el modo de combatir de los eslavos. Tiene también el regusto providencialista que acompaña a todos los panegíricos —en general a cualquier composición de la época—, al presentar la salvación de Constantinopla como obra de una intervención de la Virgen protectora de la ciudad, incidiendo en el carácter sagrado de la guerra contra la Persia de Cosroes II.

Más problemático resulta «*In Christi Resurrectionem*. Con motivo de la Resurrección de Cristo» (pp. 385-407), cuyo carácter de composición de circunstancias y estar alejado del tono épico del resto de panegíricos hicieron que se le excluyera del canon. No obstante, G. Espejo considera que, si bien no se ocupa de las campañas militares de Heraclio, quien tampoco aparece de forma explícita, sí participa de las motivaciones que subyacen en el resto de poemas. De hecho, tampoco hay un consenso acerca de la fecha de su composición, inclinándose el autor de esta traducción por la más probable de 626-628. Lo más interesante de este panegírico es la exhortación que hace al coemperador Heraclio Constantino, en segunda persona, a perseverar en las acciones de su padre. Igual de sugerente es la comparación implícita entre el Imperio y el cuerpo de Cristo: la resurrección después de la secuencia de martirio y muerte que habría en el ciclo de campañas militares para recobrar los territorios perdidos.

La «*Heraclias*. Heraclíada» (pp. 409-510) vendría a ser la culminación del proyecto poético de Jorge de Pisidia; la obra culmen del programa propagandístico en torno a Heraclio. Lamentablemente, sólo se han conservado las dos primeras acroasis del panegírico y algunos versos de una tercera que hacen suponer una mayor extensión. El tema de este panegírico es el triunfo del emperador sobre Cosroes II, recientemente depuesto tras un golpe palaciego encabezado por su hijo Siroes el 28 de febrero de 628. Pero el relato poético se remonta al momento de la toma del poder por parte de Heraclio en 610. Es una vuelta a la legitimación de su gobierno, dejando entrever el trauma que supuso entre la aristocracia romana el gobierno de Focas. Los intentos por borrar su legado hacen pensar en los miedos del propio Heraclio y de quienes lo apoyaron. El recelo ante la posibilidad de un golpe de Estado está presente y se confirman con la revuelta de Comentiolo. Juega Jorge de Pisidia con la metáfora de la ‘ciudad sitiada’ para describir una situación en la que tanto Imperio como emperador se ven acosados por enemigos internos y externos, desde diversos flancos y sólo una mezcla de determinación, sabiduría y providencialismo lo ayudaría a sobrevivir. La *Heraclíada* es una respuesta a todos aquellos que habían cuestionado a Heraclio, una vuelta de tuerca en la campaña de creación del nuevo héroe. Es, como el propio poeta dice y remarca el traductor, el inicio de una etapa nueva, en la que se da por abolido el modelo poético anterior. Lo que viene a decir Jorge de Pisidia es que, dada la magnitud de lo acontecido, Homero, la *Ilíada* y la *Odisea* —no digamos ya la *Eneida* de Virgilio— han quedado superadas. Sus héroes ya no son válidos como modelos de comportamiento, sustituidos por uno nuevo, Heraclio, cuyas hazañas son de mayor alcance.

El último panegírico que se recoge es el titulado «*In Restitutionem Sanctae Crucis*. A la restauración de la Santa Cruz» (pp. 511-537) en el que se relata la

devolución de la Vera Cruz junto al resto de reliquias recuperadas a sus lugares de origen en Jerusalén. Es el momento triunfal de Heraclio en el que se presenta como el restaurador del Imperio y por extensión de la cristiandad, ya que ha conseguido arrancar los Santos Lugares de la obediencia de un soberano pagano. Tampoco está exento de ciertas connotaciones mesiánicas, ya que el programa ideológico armado alrededor de la figura del emperador pasa por presentarlo como el «emperador de los últimos días», el gobernante que debía preceder la Parusía.

El volumen lo cierran dos tablas (pp. 539-544) en las que se recogen (1) las referencias a los mitos y (2) las menciones a personajes paganos y bíblicos que aparecen en los siete panegíricos. Se trata de un elemento útil para «navegar» a través de los versos, pero sobre todo como complemento al aparato crítico, que se presenta de forma más ordenada facilitando la búsqueda de dichas referencias. En este sentido, también es de agradecer el índice onomástico (pp. 577-593) que cierra el volumen y que da buena cuenta de la complejidad del trabajo llevado a cabo, a lo que también contribuye la extensa bibliografía (pp. 545-576).

Lo que ha culminado Gonzalo Espejo Jáimez es una obra de referencia sobre Jorge de Pisidia, que va más allá de la edición/traducción de sus panegíricos y que viene a llenar un hueco en la bizantinística en castellano. Se trata de un trabajo fundamental para todos los que nos dedicamos al crucial siglo VII y que viene a arrojar luz sobre un período al que poco a poco dejamos de llamar «oscuro». Pero Jorge de Pisidia no se agota en los panegíricos épicos. No quiero poner punto final a esta reseña sin animar a Gonzalo Espejo a que nos ofrezca una versión al castellano del *Haxaameron* convencido de que no desmerecerá la labor realizada aquí. Lo dejo como sugerencia para un futuro...

Carlos Martínez Carrasco
Universidad de Córdoba – C.E.B.N.Ch.